

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRÁFICA



EL IDEALISTA

POR

Agnes Ayres, Patt O'Malley,
etc.

N.º 95

30 cts.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 95

EL IDEALISTA

*Comedia americana,
interpretada por los populares artistas*

*Agnes Ayres, Pat O'Malley,
Victor Varconi, etc.*

Producción PARAMOUNT

DISTRIBUIDA POR
SELECCINE, S. A.

EL IDEALISTA

Argumento de la película

Fred Hopper era un individuo que sólo hablaba de él los lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábados y domingos. Joven, bien parecido, con aire simpático y atrayente, luchaba para abrirse un camino en la vida, sin encontrar, por el momento, más que fracasos, que procuraba disimular. Con irresistible voluntad, aparentaba riquezas y negocios que no tenía, tejiendo alrededor de su persona un ambiente de lujo y poderío.

Leonor Lawson, su novia, estaba convencida de que Fred tenía amigos banqueros en Nueva York, Londres y París; a lo menos él se lo había dicho. Aguardaba ansiosamente la hora de casarse con Hopper, fascinada por la dulce ilusión del matrimonio.

Una mañana Fred entró en la tienda de un joyero de compra-venta para adquirir el anillo nupcial. Era indispensable que fuera un regalo digno de Leonor. Y adquirió una sortija en cuyo

centro, un brillante parecía una miniatura del sol. La compró a plazos: "Dos dólares por semana". Valía trescientos, pero contaba con ir pagando poco a poco hasta su liquidación.

Fred había estado empleado en la misma casa Clifford Ramsay, donde Leonor prestaba sus servicios como mecanógrafa. Pero abandonó la oficina, llevado de su ambición, y ahora, dedicado a comisiones de autos y otros artículos, apenas ganaba lo suficiente para vivir. Había trabado amistad con la señora Calhoun, una mujer de la alta sociedad, que parecía haber acogido bajo su protección al joven y buscaba el medio de que prosperase. Este cariño no era tan desinteresado como parecía. La dama tenía tan poca memoria que a veces se olvidaba de que era casada. Y mujer de juventud crepuscular, sentía por Fred uno de sus últimos amores. Pero disimulaba su intento, apareciendo únicamente bajo el disfraz de la amistad.

Fred vivía sólo para Leonor. Aquella tarde iría a su casa para entregarle la sortija de boda.

Clifford Ramsay sentía por su mecanógrafa un gran amor, tímido y recogido. Una vez intentó declararse, pero ella le atajó con fina sonrisa:

—Usted no quiere comprender que no deseo casarme por ahora...

—Para mí no hay otra chica como tú, Leonor, y nunca la habrá.

—¡Bah! No va usted a hacerme creer que se ha enamorado de una pobre mecanógrafa.

—Te aseguro que ahora mismo te pediría a tus padres por esposa. ¿Quieres alguna prueba más?

—No insista, Cliff...

Retiróse el principal, malhumorado, inquieto... ¿Era verdad, entonces, que Leonor estaba enamorada de un hombre inútil como Fred?

La chica regresó a su casa, esperando a Hopper que había anunciado su visita. Y dijo a su madre la pasión que sentía por el joven.

Papá Juan Lawson era uno de estos maridos capaces de gobernar el mundo, pero inútiles para dirigir su casa. A lo menos así lo pensaba él. La señora Lawson hacía treinta años que escuchaba a su marido.

—Me gustaría que Leonor se interesara por Ramsay — decía la señora a su esposo, después de haber oído a su hija la última declaración del fabricante —. Tiene un gran porvenir. Es muy substancial... Y, sin embargo, Leonor, empeñada en casarse con Hopper, con ese pavero...

—No sé. A mí me gusta ese muchacho — dijo tímidamente el señor Lawson —. Parece un hombre de ambición...

—Se parece mucho a otros que conozco. Palabras, palabras, y ningún hecho.

El señor Lawson pareció encogerse todavía más en su perpetua timidez, y se desahogó fumando pestilente cigarro. Dominado eternamente por su mujer, era uno de esos seres oscuros, incapaces de levantarse del sitio donde el destino o la casualidad les colocaron.

—Sí, sí — siguió diciendo su mujer —. Los hombres os dais gran importancia... y todo humo... Tú mismo, ¿qué eres si no un hombre cargado de planes y *sín* ninguna realidad práctica?... Hace treinta años me prometiste llevarme a



Y dijo a su madre la pasión que sentía por el joven.

las Cataratas del Niágara a pasar la luna de miel y lo más cerca que he llegado de ahí, es esto.

Y señaló un cuadro en que aparecían pintadas las cataratas famosas.

Llegó Fred y la conversación cambió de giro. Leonor quedó deslumbrada ante el regalo de la

sortija que orgullosamente mostraba a todos el joven. La señora Lawson dulcificó su semblante, apareciendo más cordial que otras veces. ¿Si sería verdad que Hopper era, como él mismo aseguraba, un potentado?...

—He tenido un día tremendo. Después de un cliente importante, otro... Voy a poner ahora unos grandes almacenes que me harán millonario. Vean ustedes.

Les mostró un plano de un gran edificio comercial, una de las fantasías de Hopper.

—¿Usted solo planeó esto? — preguntó Lawson.

—Sí. Es una de mis cien ideas para dejar a Cliff Ramsay fuera del negocio. Vamos a ser todos muy ricos. Y yo espero que ustedes consentirán en mi matrimonio con Leonor.

La chica miraba a sus padres con ansiedad, preguntándose si ante las muestras de riqueza del novio, vencerían su antigua prevención. Habló por fin la señora Lawson, dominada por las palabras de su futuro yerno.

—Francamente... nos sentimos muy honrados con su propósito... Hágala usted feliz...

—Amaré a Leonor más que a mi vida...

—Gracias, mamá — dijo la nena, desbordante de alegría—. Y tú, también, padre... muchas gracias...

El marido pareció tomar aires importantes.

—Ya lo decía yo... Y, ¡caramba!, aprovecharé tu boda para pedir al amo que me aumente el sueldo...

—Hace una porción de años que dices lo mismo — repuso su mujer.

—Pero ahora tendrá que concedérmelo... No puede continuar sin mí...

—Bueno, Leonor — exclamó Fred—. Diles al almacén que te vas... La señora Calhoun me protege y me prestará su dinero. Nos casaremos pronto. Iremos de luna de miel a las Cataratas del Niágara.

La señora Lawson dirigió una mirada significativa a su marido. ¡La eterna promesa incumplida!

Al día siguiente, Leonor despidióse de Ramsay.

—Pero ¿te vas a casar con ese inútil de Hopper?... Pasaréis hambre, privaciones. Yo, en cambio, te ofrezco un porvenir seguro...

—Usted no sabe los negocios en que anda metido mi novio... Y no necesitamos sus consejos.

—Quiera Dios que no hayas de arrepentirte alguna vez...

Entró en la oficina Fred, que iba a recoger a su novia.

—Te agradezco que me hubieras despachado, Cliff. No podías haber hecho nada mejor... Estoy metido en grandes negocios ahora.

—¿Por qué fantaseas tanto, Fred? ¡No tienes derecho a casarte sin poseer una situación segura!

—¡No corras tanto! Tú no conoces mi vida... Tengo planes para consolidar a los pequeños competidores y dejarlos sin negocio... Hay gran-

des hombres detrás de mí... Y Leonor se casará conmigo, aunque te parezca imposible. Y adiós...

Trataba a su antiguo dueño fraternalmente. Eran viejos amigos, pero las vacilaciones de



Entró en la oficina Fred, que iba a recoger a su novia.

Fred había cansado a Ramsay y tuvo que quitarle el empleo.

Salieron los novios, envueltos en la superioridad que da el amor... Cliff les despidió con una sonrisa triste... Lo sentiría por ella, a quien amaba... ¿Cómo iba a vivir con un hombre

lleno de ensueños y fantasías, sin nada real y verdadero?

Hicieron febrilmente los preparativos de boda. Alquilaron un pisito, el nido que les esperaba...



—Te agradezco que me hubieras despachado, Cliff. No podías haber hecho nada mejor. Estoy metido en grandes negocios...

—Verás lo felices que seremos... Ya no más privaciones... ya estas manecitas de rosa no tendrán que fregar más platos... Tendremos criados, lujo... ¿Me quieres, Leonor?

—¡Siempre!

Y se acurrucaba junto a él, emocionada ante el porvenir brillante que iba a brindarle el destino...

Y una buena mañana de primavera, Leonor Lawson aceptó por esposo a Federico Hopper.

**

Los primeros cien años de matrimonio son los peores y la señora Hopper estaba todavía en el primero. La vida de esplendor y abundancia, soñada en las dulces épocas de novia, no aparecía por ninguna parte. Y aunque Fred procuraba engañar a su mujer, pintándola grandes negocios y proyectos, la realidad parecía muy distinta.

Y es que la señora Calhoun no parecía tener mucha prisa en ayudar a su protegido. Y éste, siempre enfrascado en nuevos proyectos, seguía describiendo a su mujer "los dólares que iba a ganar."

También los señores Lawson empezaban a escamarse, desde el día que, no habiendo satisfecho Fred el plazo mensual de la sortija de boda, el joyero les presentó al cobro el recibo. ¿Cómo había comprado la sortija a plazos? ¡Les engañaba! ¡Todas las riquezas eran fingidas! Pero no queriendo arrancar a su hija la dulce ilusión, ocultaron el incidente. Mas debían velar por ella... ¿Por qué dieron su consentimiento para aquella boda? ¡Estúpida debilidad!

En la casa de los recién casados comenzaban a sentirse los efectos de la escasez. Un día les

quitaron la corriente telefónica porque no habían abonado la cuota.

—Pero ¿no me dijiste que habías pagado el teléfono? — preguntó ella, extrañada. Nos han quitado la comunicación.

—¡Qué distraído soy! — aclaró Fred con su característica tranquilidad. Me equivoqué de dirección al mandar el cheque.

—Pues acláralo inmediatamente.

Ella dudaba, se resistía a creer que los negocios de su marido no diesen dinero. Pensaba en una momentánea época de crisis.

—Y, qué — continuó; — ¿te has ocupado de nuestra factura de luz?

—Mandé un cheque a la compañía hace cuatro días. Deben tenerlo ya...

—¿Estás seguro?

—¡Ya lo creo!

Ella le miró con ojos tristes, mostrándole el cheque.

—Lo han devuelto. No había fondos en el Banco. Explícame, francamente, nuestra situación.

—Pero, mujer, no ocurre nada de particular. Mañana mismo repondré fondos. Han de enviarme importantes cantidades.

—¿Y si entretanto cortan la corriente?

—Nunca harían cosa semejante con un hombre de mi posición — dijo riendo y contemplando los globos encendidos de la lámpara del comedor.

—¿Tienes influencia con la Compañía?

—¡Mucha! Dè modo que... ¡Cortar la corriente! ¡Ni pensarlo! ¡A mí, que soy íntimo amigo del presidente de la compañía!

Pero en aquel instante, repentinamente se apagó la luz, como una respuesta a la pretendida amistad.

—Pues han cortado la corriente... — dijo Leonor.

—Tienes razón... pero no hay que preocuparse... Probablemente han olvidado quién soy. Veamos si está abajo el empleado que ha cerrado el contador...

Se asomaron a la escalera, pudiendo ver a un hombre de uniforme que salía del departamento de los contadores de luz.

—Espérame dentro — dijo Fred—. Voy a decirle a ese tipo cuatro palabritas.

Bajó precipitadamente encarándose con el empleado.

—¿Cómo se atreve usted a cerrar el contador? ¿Es que ignora quién soy yo, mamarracho?

—¡Bien! ¡Después que no paga, insulta! ¡Vaya usted a paseo!

Y con un gesto burlón, prosiguió su camino. Pero Fred, reponiéndose en el acto, volvió al piso, diciendo a su mujer:

—Ya he aclarado el asunto. ¡Bonito correctivo van a dar a ese hombre!

Leonor seguía dudando. Con los ojos de la razón, le parecía que su marido era un visionario, que perdía miserablemente el tiempo en negocios que en realidad no existían. Pero, por

otra parte, con la venda de enamorada, creía en Fred y aceptaba por buenas todas sus explicaciones, aun las más absurdas.

—Me alegro, Fred. Y, dime, ¿vamos a salir esta noche? Prometiste llevarme al cine.

Fred se rascó la cabeza. ¡Qué compromiso! ¡No tenía una perra gorda!

—Pero ¿no comprendes que tengo trabajo? Esta gente de Casa Morgan no me deja vivir hasta que le conteste.

Habían suplido la luz eléctrica con cirios. Y sobre una mesa Fred comenzó a extender pañoles, aparentando gran actividad. Pero, interiormente, comenzaba a sentirse preocupado. La farsa había llegado a tal extremo que ignoraba si saldría con bien. Ningún buen negocio se presentaba. Pero, llevado de su inmensa vanidad, seguía aparentando ser un rey financiero.

Con su proyecto de almacenes consolidados, explicaba a Leonor el dinero que ganaría. Mostrábale un gran edificio en cuya fachada él había dibujado en grandes letras su nombre.

—Me parece que mi nombre está ahí bien claro, ¿eh?...

—Donde mejor estaría tu nombre sería en la nómina de cualquier casa.

—Pero, mujer... —No, no. Yo no puedo dudar más... Todo lo tuyo son fantasías. Nos has engañado a todos...

—¿Qué querías que hiciera?... ¿Ir de empleado? ¿Volver con Cliff?... ¡Nunca! Lo que ocu-

rre es que te falta valor para afrontar los malos momentos... Hay que tener calma, Leonor... Yo estoy seguro que seré rico, muy pronto...

—Esta incertidumbre me agobia... Siempre facturas sin pagar... Así no es posible la vida... ¡Ay! Si hubiese escuchado buenos consejos no me habría casado contigo...

—Lo mismo dice tu madre de tu padre; pero observo que no le deja...

—Es que papá no es como tú... El trabaja...

—Envejece, querrás decir... Toda la vida en un despacho, sin una ambición. ¡Qué horror! ¡Antes prefiero morirme de hambre!

—A este paso moriremos los dos.

—Lo siento por ti, pobrecita Leonor — dijo súbitamente enternecido. — Ten un poco de calma... Es que tú no me comprendes, todavía no me has conocido bien... Si yo luchó, si sufro dificultades, es por ti, para hacerte un trono de reina, Leonorcita...

Y otra vez el amor acalló las protestas de la esposa.

Aquella noche estuvieron a verles los Lawson. Miraban con malos ojos a Fred, "ese yereno gandul".

—¿Qué tiene este teléfono? — preguntó la madre. — Hace dos horas que estamos llamando inútilmente...

Leonor explicó, tranquila:

—El servicio era tan malo que Fred decidió dejarlo para darles una lección.

—¡Ah, vamos!...

Pero sospechando que allí ocurría algo, procuraba cualquier indicio que le aclarase las cosas. El señor Lawson repetía su eterna cantinela.

—He decidido pedir que me aumenten el sueldo... No pueden continuar sin mí.

—Siempre lo mismo — le repitió su mujer.

— Hace treinta años que no oigo otra cosa...

Pero de pronto, la señora Lawson notó que estaba apagada la lámpara eléctrica y suplían la iluminación unos candelabros de cera.

—¿Cómo no habéis encendido las luces?

Los Hopper sintieronse turbados.

—Verá usted — explicó Leonor—. Fred ha sufrido mucho de los ojos, ¿sabe?, y no le conviene mucho la luz...

—¡Ah!

Allí había gato encerrado. Y aprovechando un instante en que Leonor salió de la habitación, la señora Lawson, sin ser vista por nadie, apretó el botón del conmutador para cerciorarse de la verdad... ¡No había corriente!... ¡Lo sospechaba! En una mesita contigua descubrió paquetas de citación de la compañía del alumbrado, conminándoles para que abonasen los recibos. ¡Tan mal estaban, pues?... ¡Ah, aquel necio de Fred!... ¡Inservible para todo!... Pero su hija, su pobrecita hija que debía soportar aquella miseria... Y, entristecida, depositó sobre la mesita unos billetes, sin decir nada.

Volvió Leonor con una carta para su marido.

—Acaban de traer esto...

Fred leyó la carta y no pudo contener su emoción. Era de la señora Calhoun en contestación a otra que él le había mandado, invitándola a formar una sociedad comercial. Y decía así:

"Queridito: Mándame una sortija y ven a verme corriendo. Hablaste de una sociedad comercial y tengo la seguridad de que eres capaz de ganar mucho dinero para nosotros... Ven a comer y hablaremos.

Leticia".

—¿De quién es? — preguntó Leonor.

—¡Nada de particular! Estos banqueros que no dejan a uno en paz ni en su propia casa.

Los términos en que iba redactado el escrito podían alarma a Leonor y no era cosa de complicar los acontecimientos.

Pero la señora Lawson pareció adivinar la turbación de su yerno y dijo al oido de su hija:

—¡Es de una mujer!

—Mamá, por Dios...

—Tengo experiencia. Todos los hombres son iguales. Salomón tenía mil mujeres, pero él siempre estaba al tanto por si veía algo mejor.

—Esto son habladurías tuyas, mamá. No hablemos más de eso...

Vió de pronto sobre la mesita unos billetes de Banco y los recogió con extrañeza.

—Pero ¿de quién son estos billetes?

Fred volvióse rápidamente. ¡Dinero allí! ¡Qué

casualidad! ¡Y encontrándose tan bajo de fondos!

—Es raro — exclamó apoderándose de ellos— No me explico como los he dejado ahí.

Y con la mayor tranquilidad los metió en uno de sus bolsillos. La señora Lawson le miró airadamente, y replicó:

—Yo sí que me lo explico...

Y llamando a su marido, despidióse de su hija, no queriendo permanecer más tiempo con Fred. Había averiguado qué clase de hombre era su yerno.

Leonor despidióles hasta la puerta e iba ya a retirarse cuando apareció la figura antipática del joyero que pretendía cobrar el plazo mensual de la sortija.

Fué extraordinaria la impresión de Leonor al conocer la verdad. ¡Cómo había sido engañada! ¡Miserable! ¿Por qué le mintió de aquel modo?... Pagó el recibo y quedó ante la puerta llorando con infinita amargura.

Al entrar de nuevo en el comedor, mostró a su marido el recibo y dijo:

—¡Ni mi sortija has pagado!... Lo sé todo...

Fred volvióse pálido e intentó defenderse.

—No hables más — le interrumpió Leonor— Eres un hombre que no ha ganado nunca un dólar. Pero desde hoy esto ha terminado...

—¡Qué mal me conoces, Leonor!... Piensa que se acerca el momento de que seamos ricos...

—Por si no es así, yo tomaré mis determinaciones.

Y ello fué que Leonor, sin decir nada a su marido, al siguiente día, encontró un empleo. Trabajaba en una lujosa casa de modas, como encargada de las modelos que con frases amables presentaba a la clientela. Fred, siempre fuera de casa, buscando la solución al problema de su vida que no encontraba, no había descubierto la ocupación de su esposa.

La señora Calhoun era una mujer lenta en sus resoluciones y era necesario que Fred presentase algo más que meras fórmulas vagas. Entretanto, Hopper seguía acariciando proyectos que no llegaban a tomar forma real.

Un día, el aniversario del casamiento, Fred entró en el gran almacén donde trabajaba su esposa para adquirir algún regalo para ésta.

—Quiero una cosa sencilla y barata — dijo a la dependienta.

Mostráronle un monedero de ordinaria piel que por su baratura le pareció a Fred adorable para sacarle del compromiso.

Lo adquirió complacido. Y mientras le envolvían el regalo, Fred dirigió distraídamente la mirada hacia el fondo del salón, lleno de elegante gentío que seguía con avidez el lento paso de las modelos. Su sorpresa fué extraordinaria al reconocer a su esposa entre los grupos, dando explicaciones a la clientela.

¡Su mujer allí! Estaría él soñando... Pero conviértese de la verdad, al verla pasar muy cerca de él, rápida y decidida, con el aire de una

mujer atareada. La llamó con voz alterada, exigiendo una explicación.

—¿Qué significa esto? ¿Qué estás haciendo aquí?

—No te molestes, Fred. Estoy empleada...



Fred dirigió, distraídamente, su mirada hacia el fondo del salón...

Quería hacer algo para nosotros, darte una sorpresa...

—¡Ah, no!... Tú no debes permanecer aquí más tiempo... Quién ha de trabajar soy yo. ¡Pues no faltaba más!

—No te opongáis, Fred. Me iré cuando las

cosas mejoren... cuando tus negocios den lo suficiente para vivir — dijo con fina ironía—. Por ahora seguirán las cosas igual... Aquí están contentos de mis servicios. Acabo de cobrar el sueldo... ¡Anímate, Fred! Podremos pagar ya algunas facturas.

Hopper, avergonzado, sintiendo que la dignidad de su conciencia despertaba, abandonó la tienda con hondo amargor... No, él no era malo, ni perezoso, ni inútil... Tenía el defecto de ser un iluso, un idealista, un soñador, siempre apartado de la realidad de las cosas. Pero era necesario terminar de una vez con todo aquello. No iba a consentir él que su mujercita se matara trabajando por su culpa, manteniendo la casa y pagando aquello que él no sabía ganar... De ninguna manera. Al día siguiente comenzaría un nuevo modo de vivir.

Dirigióse a la otra mañana al despacho de Clifford Ramsay. Este antiguo amigo suyo, que indudablemente tenía buen corazón, quizás le ayudaría a obtener un empleo. La situación de Fred era ridícula... Haber querido competir con Ramsay y no poder realizar su aspiración, era un golpe rudo para un hombre de la vanidad de él... Y ahora, humilde mendicante, tenía que ir a solicitar una colocación como el más humilde de los seres...

Pero mientras esperaba ser recibido, escuchó una conversación que Ramsay sostenía con otros fabricantes.

—Mi idea — decía Cliff — es la de reunir

todas las tiendas en un gran almacén... El sitio más apropiado para este almacén central es donde está el viejo edificio de los extintores de fuego, entre las calles Décima y Browning. Los medios de transportes son excelentes.

—Y ¿se podrá adquirir el almacén por poco dinero? — interrumpió una voz.

—Déjeme manejar a los fósiles que poseen aquello y compraré la propiedad por cuatro ochavos — replicó Ramsay.

Al escuchar Fred aquellas palabras, pareció iluminarse de repente su cerebro. Su plan de centralizar todas las ventas, de adquirir una tienda central, iba a realizarlo Clifford... Y ¿por qué él no le tomaba la delantera?... Tal vez ahora la señora Calhoun, viéndole en camino de realizar un negocio bueno, le ayudaría. ¡Ah! ¡Era necesario decidirse!

Y abandonando rápidamente la Oficina, dirigióse hacia la antigua casa Ryan y Bloom, que tenía el negocio de los extintores.

Los dueños querían desprenderse de la tienda.

—La gente no quiere extintores de fuego, señor — le explicaron —. Prefieren cobrar el seguro... Nosotros queremos vender rápidamente el almacén... Pero, como comprenderá, necesitamos garantías...

—Me parece muy aceptable su propósito. Pero ustedes se imaginan que soy insolvente y se equivocan... Tengo un socio capitalista. ¿Han oído hablar de la señora Leticia Calhoun?

—Mucho... El nombre Calhoun es una garantía...

—Pues, entonces, por treinta mil dólares al contado, compro el edificio... ¿Conformes?

—Aceptado...

—Voy a llamar a la señora Calhoun para que me autorice a realizar la operación.

Puesto en comunicación con Leticia, ésta le contestó con voz llena de suavidades acariciadoras:

—Creo que sí. Cualquier cosa que tú aconsejes. Pero debo verte. ¿Vendrás a comer conmigo?

—Esta misma noche. Y muchas gracias.

Aunque tenía una conformidad relativa, Fred colgó el aparato y dijo a los vendedores:

—Es cosa hecha. Pero es necesario que hoy mismo me instale yo en estas Oficinas...

—Pero... ¿y el dinero?

—Tardará uno o dos días hasta que pueda entregárselo. Le haré un documento para cobrar dentro tres días... Ustedes conservarán hasta entonces la propiedad del edificio, pero, provisionalmente, me instalaré yo en su despacho.

—Sin embargo...

—Es una opción... La señora Calhoun tiene millones para responder...

Ryan y Bloom, que necesitaban con urgencia vender el almacén, aceptaron las proposiciones de Fred. Que se instalase allí Fred no tenía ninguna importancia, mientras ellos no

firmaran la venta del edificio. Y ésta se haría tres días después.

Fred telefoneó a su esposa diciéndole:

—Yo tardaré en venir... Nada... Un asunto importantísimo de aceites con un hombre de la América del Sur.



—Creo que sí. Cualquier cosa que tú aconsejes. Pero debo verte...

Leonor resignó, melancólica, preguntándose cuándo acabaría aquel inútil tanteo en busca del porvenir.

Aquella noche, la señora Calhoun y Fred comieron en el salón de un restaurante...

Por fin Leticia se mostraba completamente de acuerdo con el joven para emprender aquel negocio... Mas parecía querer cobrar su intervención de una manera dulce y... peligrosa.

—No hablemos más de negocios — le decía ella—. Mañana mandaré el cheque y adquiriremos la propiedad de la finca. Ahora hablaremos de nuestras cosas. Fred, usted no puede figurarse aún el interés que usted me inspira. Es usted tan amable y simpático... Dime — siguió con un desenfado inaudito—. ¿No has pensado alguna vez en por qué yo te quiero tanto?

Le tuteaba y acariciaba las manos, queriendo transmitirle el ardor de su pasión culpable. Fred, envuelto en el aroma intenso de aquella criatura, se apartó, asustado.

—No, señora, no... Pero, le agradeceré que no se acerque tanto... Algunos hombres casados han muerto queriendo explicar de dónde habían sacado el perfume.

—¡Oh! Tú mujer no hará nada... Pero ¿verdad que te gusto un poquito?

Y rodeándole con su brazo, imprimió en sus labios un largo beso de amor.

Fred retrocedió, saturado por el aroma indefinible de aquella señora que quería cobrarse sus favores.

—Señora, señora, no vuelva usted a hacer esto... Yo debo fidelidad a mi mujer...

Leticia le miró con ironía, con una chispa de disgusto en los ojos.

—Me hace usted sufrir tanto... y mi marido llega mañana de Carlsbad.

—Comprenderá, señora, que de haberlo sabido...

—Sí, comprendo. Es usted un modelo de maridos...



—¡Oh! Tu mujer no hará nada... Pero ¿verdad que te gusto un poquito?

Terminó la comida y Leticia, dolorida, apenas le tendió la mano al despedirse. Iba despechada, con el fracaso de la mujer que ve vencida la fuerza de sus encantos.

Fred, no menos disgustado, regresó a su ho-

gar. Estaba envuelto en el penetrante perfume de Leticia. Era un olor intenso que parecía estremecer... ¿Qué diría Leonor al darse cuenta?... Adquirió un frasquito de la propia esencia para preparar la coartada.

Leonor le recibió dulcemente. Le abrazó y besó, mientras le decía:

—¿Cómo han ido esos negocios?

Pero su expresión cambió de repente al aspirar el olor de su marido.

—¿Qué es eso? ¿A qué hueles tú?...

Fred sonrió, con tranquilidad.

—Es un regalo para ti, mujercita. Te he comprado este frasco de esencia y he querido también yo perfumarme un poco...

—Es lindísimo — respondió ella, satisfecha por aquella atención—, pero es demasiado caro... Lo cambiaré por jabón y otras cosas que nos hacen más falta...

—Todo me parece poco para ti...

Pero al volverse para salir de la habitación, Leonor lanzó un grito de extrañeza. En la espalda del joven aparecía la huella de un brazo de mujer, expresión inequívoca de una caricia de amor.

—Dime la verdad, Fred. ¡Tú has salido con alguna mujer!

—¿Por qué dices eso?...

—Nada, por curiosidad...

—Sí, no quiero negártelo. He estado con la señora Calhoun de quien ya te hablé y fué una visita puramente comercial.

—¿Inocente... comercial? — dijo fuera de sí.

—Pues ¿qué querías que fuera?

—Fué también comercial el que te abrazara?

— respondió mirándole con fiereza.

Fred estaba anonadado.

—Pero, mujer, yo te juro... ¿De dónde has sacado esto?

—Otra vez, cuida de que no te manchen los brazos de tus amigas — exclamó furiosa—. Eres un canalla... Conservas las huellas del brazo pecador... Me voy... Quiero divorciarme.

Fred, al darse cuenta de las huellas acusadoras, maldijo su imprevisión. Pero fué inútil querer calmar a su esposa. Decidida, llena de celos, abandonó la casa, dejando a Hopper sumido en una pena íntima, más dolorosa aún por tratarse de tan grande injusticia.

En el mismo rellano donde vivían los Hopper, tenía su pisito "Vivian", una mujer de "cabaret" que vivía la existencia de placer de las gentes de locura donde el vicio se disfraza con el lujo. Se había relacionado poco con los Hopper, pero conocía sus apuros económicos, pues más de una vez habían, por error, llamado a su puerta, para cobrar las facturas de sus vecinos eternamente aplazadas. El joyero que vendió a Fred la sortija de bodas, habiéle mostrado los recibos sin pagar, y ella contestó con chirigotas, comentando graciosamente el suceso.

Siempre en acecho, con el afán de crítica de algunas mujeres, al enterarse de que Leonor había abandonado a su marido, se dispuso

a intervenir, buscando el modo de hacerse suyo a Fred.

Entró provocativamente, con el aire prometedor de una mujer dispuesta a todo, deseando tomar la dirección de aquel hogar abandonado y sustituir a Leonor a quien profesaba profunda antipatía.

—¿Dónde está Leonor? — le preguntó.

Fred intentó disimular, recurriendo a su antiguo deseo de grandeszas.

—Ha ido de vacaciones en el yate.

—¡Vaya hombre, no mientes más! — le dijo como si le conociera de toda la vida—. Hace treinta años que estás diciendo mentiras. Nunca pagas las facturas aunque digas que lo haces. Y eso es muy triste, ¿verdad?... Y también el tener una mujer que no le comprenda a uno.

Fred, con el ansia de contar a alguien sus penas, se confió a aquella vecina guapa y maliciosa. "Vivian" procuraba consolarle con frases de falsa ternura:

—Me hago cargo de lo que te ocurre. Ya sé lo que es encontrarse solo.

Veía ella un hogar abandonado, donde faltaba una mujer, y deseaba sentar allí sus reales, sustituyendo a la esposa... Y acercándose a Fred le dijo con cariño:

—Conmigo tendrías una mujer que no te dejaría...

Y sus labios se acercaban a los de él, palpando e insinuando el gesto de un beso.

—¿Verdad que te gusto un poco?

Fred retrocedió asustado. ¡¡Otra señora Colhoun!! Y levantándose indignado, la rechazó.

Ella, viendo fracasado su plan, retiróse desdenosa, exclamando:

—¡Anda, que te consuele el gato! ¡Cuidado que sois desagradecidos los hombres!

Y Fred quedó, desolado, viendo ante sí como una línea infinita, el enorme fracaso de su vida.

**

Leonor refugióse en casa de sus padres, donde reinaba también gran disgusto al saber que el señor Lawson había sido amenazado con el despido de insistir en sus pretensiones de aumento de sueldo. Se había decidido a formular su demanda y la contestación era aquella: la amenaza de ponerle en mitad de la calle.

Leonor se dispuso a divorciarse. Cuando Cliff Ramsay se enteró de este propósito, corrió a visitarla.

—Ya te dije que para mí no había otra joven que tú y no la ha habido.

—No me hable usted así. Todavía no soy libre.

—Pero lo serás... Tendrás el mejor abogado de California, y éste es Bryant Kent, el mío.

—Te parece bien?

Ella lo aceptó todo. Estaba disgustada, le parecía que su vida había cambiado.

Pero Fred Hopper, dejando a un lado la desesperación, al siguiente día se encaminó al almacén confiando venderlo. Dos días más tar-

de, irían los señores Ryan y Bloom a cobrar los treinta mil dólares convenidos, y durante aquel plazo era necesario que Fred lo vendiese a su vez a precio superior.

Y cuando los amigos de Ramsay fueron al almacén para convenir la venta, Hopper, tranquilamente, les dijo que él era el dueño de la situación, demostrando al propio tiempo un enorme interés en no deshacerse de la tienda.

—Voy a poner aquí el negocio central que ustedes proyectaban... Sólo transigiré con que ustedes queden dueños de la tienda, si pagan por ella cien mil dólares. Y les advierto que no tengo el menor interés.

Ramsay y sus amigos consultaron ampliamente lo que les convenía hacer y como, para la ampliación de su negocio, necesitaban, imprescindiblemente, el almacén, le entregaron los cien mil dólares.

Fred lo olvidó todo, temblando de alegría. ¡Por fin sus ensueños de idealista adquirían una realidad práctica! ¡Mejor negocio no lo hacía nadie! Corrió a entregar los treinta mil dólares con que él había comprado la tienda a los señores Ryan y Bloom. ¡Negocio redondo! ¡Le quedaban limpios setenta mil dólares!... ¡Una fortuna!

Ahora sólo necesitaba reconquistar el corazón de su mujer... Y cuando recibió un aviso de Bryant Kent, el abogado de ella, para que se presentara a hablar de las bases del divor-

cio, se dispuso a impedir que siguiera aquello adelante.

Encontrábanse en el despacho Leonor y sus padres con Clifford, que se consideraba ya el futuro marido de la antigua mecanógrafa.

Los dos esposos se miraron con ansiedad como si se arrepintieran ambos de su conducta. Pero ella, serena y firme, rogó que se retirasen todos, pues quería hablar unos momentos a solas con su marido.

Ya frente a frente, ella habló:

—Estoy decidida a divorciarme, Fred. Esto es definitivo. Y si algún día te casas de nuevo, procura comportarte de otra manera...

—No sigas, Leonor. Reconozco que tengo la culpa de todo, que he sido un vanidoso, un egoísta... Pero, infiel, no. Te lo juro. Ningún lazo me unía a la señora Calhoun. Ella fué la que inició el devaneo... Yo la rechacé pensando en ti.

Había tal calor de emoción en sus palabras que Leonor sentía que los odios iban desvaneciéndose de su corazón. Fred seguía suplicando con la fuerza de la verdad. Además, iban a ser ricos. Su idealismo le había llevado a un resultado práctico. Acababa de realizar un gran negocio: el mejor de su vida.

—Leonor, recuerda como te he querido siempre.

Y ella habló... Sus explicaciones iban sernándola... Ella había visto además a la señora Calhoun y le parecía que no era posible que

Fred se enamorara de ella... Pero había dudado aún, hasta que la sinceridad de las palabras de él la conmovían...

—Leonor, seremos felices. Ahora vendrá para nosotros la época grande. Y te juro y repito por lo que más quieras que nunca te fuí infiel... — Y pensaba en la señora Calhoun y en la vecinita.

—Fred... tengo otra vez fe en ti... No porque dices que eres rico — que no lo creo — sino porque eres fiel... ¡No me engañes nunca!

—Pues te soy fiel y además rico... El idealista se ha convertido en hombre afortunado y vencedor en los negocios...

Y siguieron hablando hasta que irrumpieron en el despacho los señores Lawson, Cliff y el abogado. Estaban muy juntos, saboreando la felicidad que habían momentáneamente perdido... Y el letrado tuvo que reconocer que por aquella vez no eran necesarios sus servicios.

FIN

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
CORINNE GRIFFITH*

COMPRE USTED

EL GRAN DESFILE
por John Gilbert y Renée Adorée



EN BREVE

se pondrá a la venta
el espléndido

NÚMERO ALMANAQUE



DE

La Novela Semanal Cinematográfica
con el que se regala un lujoso

ALBUM

para colecionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡LO MÁS GRANDIOSO!

J. Horta, impresor. - Barcelona